

Cuando dos son multitud

JAVIER VALLEJO 20/01/2010

Mucho ha tardado en llegar a Madrid esta obra de éxito, premio Laurence Olivier 2001 a la mejor comedia, cuya versión catalana se estrenó ese mismo año, pero nunca es tarde si la dicha es buena. *Piedras en los bolsillos* necesitaba un director con temperamento cómico, una adaptación coloquial chispeante y dos actores capaces de pasar de un personaje a otro en el lapso que separa la sístole de la diástole: solos, interpretan 16 papeles con voz y voto, y a un puñado de figurantes.

Marie Jones (Belfast, 1951), su autora, cuenta las peripecias de Jack y Charlie (Fali y Lolo, en la versión de Juan Cavestany), extras de una superproducción protagonizada por una estrella de Hollywood en horas bajas. Son dos perdedores en espera de una buena racha. Lolo, actor vocacional, se vio abocado a hacer cine porno mal remunerado y a perder a su novia, muerta de celos. Fali quiere escribir para la pantalla: pretende colocarle un guión a Ernesto de la Guardia, director del rodaje.

Cavestany, acomoda con libertad el texto de Jones al castellano fluido de la calle, de modo que en ningún momento parece una traducción. En su trasvase del original a Andalucía se nota que conoce bien el cine por dentro.

En lo que tarda en girar sobre sí mismo, Fernando Tejero, intérprete de Fali, se transforma en De la Guardia; en Tony, su ayudante de dirección; en Rosa, la ex de Lolo; en Carolina Bell, estrella norteamericana, y en Angelín, extra que juega un papel crucial en el desenlace. Todas estas mutaciones suceden a la vista, sin trampa ni cartón. Julián Villagrán, Lolo, en un chasquido de dedos se convierte en Lara, la *script*; en Ray, representante de Carolina Bell; en un extra veterano...

En el comienzo de una función previa al estreno oficial, aún siendo fluida, la interpretación tuvo algún pero: a Lolo se le pegó un amaneramiento de Lara, y la voz de Carolina Bell parecía más de morito que de moza. Tejero y Villagrán se fueron haciendo con el *tempo* de las mutaciones, para acabar marcándolo a placer. En el último tramo, ambos eran mejores actores, y nosotros un público mejor. Su trabajo, basado en una composición física básica instantánea, sin apenas cambios de voz, resulta ejemplo de sencillez. Sólo hacen alarde de virtuosismo en la escena entre Angelín y Caroline (encarnados por Tejero), y entre Lolo y Trucha (por Villagrán), cuando cada uno dialoga consigo mismo como Sarasate con su violín.

Detrás de ambos está el trabajo de Hernán Gené, director de *Horacios* y *Curiácios*, el *brecht* en clave de *clown* con el que La Abadía obtuvo el Max al mejor espectáculo de 2005. Gené, experto en misiones cómicas imposibles, da confianza a sus actores, inventa *gags* y hace añicos la cuarta pared. Maneja un arsenal de recursos. En la coreografía breve que les ha montado Alicia P. Mántaras, Villagrán y Tejero se revelan como *clowns* excelentes y arranca un aplauso por derecho.

Piedras en los bolsillos es teatro comercial de calidad, del que no abunda. Aunque su final sea algo tópico, y en el clímax previo falte verdad en este montaje, uno sale del teatro sobradamente reído y con la sensación del tiempo bien empleado.

La cuestión del actor frente al espacio vacío**PABLO PUJALDE 24/10/2009**

De muy grata sorpresa puede considerarse la programación en el Teatro Alameda de Piedras en los bolsillos, de Marie Jones. Quienes acudan a la llamada de su televisivo y popular reparto (aquí radica uno de los mejores valores del montaje: el carácter iniciático que supondrá para muchos espectadores) se encontrarán con una obra profunda y nada complaciente que encierra mucho discurso escénico, mucho ensayo y error, mucha teoría teatral concienzudamente aplicada, como una especie de tapiz oriental en el que cada hilo aporta un significado distinto. Este asombroso viaje a la esencia del arte dramático debe gran parte de su fortuna (la mayor) al director Hernán Gené, que va un escalón más allá de los presupuestos que tan acertadamente consignó en su magistral revisión de Sobre Horacios y Curiacios de Brecht (vista con mucho placer en la Sala Gades hace, creo recordar, cosa de cuatro o cinco años). Aquí, los recursos del clown, coloridos en su justa medida, vienen a reforzar el necesario debate sobre la situación del actor en el teatro actual; y lo hace poniendo al intérprete en el espacio vacío que definió Peter Brook, donde cada acción o discurso multiplica sus efectos. Frente al espectáculo banal y erosionado, el actor recuerda a cada paso, palabra o gota de sudor, que el teatro del futuro será suyo no será.

El gran hallazgo de Piedras en los bolsillos resulta de la traslación de este discurso a una potencial comedia de repertorio. Se comprende la cláusula por la cual Marie Jones obliga a cada producción a que los quince personajes de la pieza sean encarnados sólo por dos actores, porque de otra manera el texto se quedaría en una mera ficción de entretenimiento. Es estirando hasta el límite el trabajo interpretativo como el montaje revela su alcance y su sentido, lo que realmente es.

Hay que nadar para salir a flote**24/10/2009**

N ADAR para salir a flote. Ése es el optimista mensaje que Sarah Marie Jones nos da en su obra de teatro 'Piedras en los bolsillos'. Esta comedia, estrenada este fin de semana en el Teatro Alameda de Málaga, dirigida por Hernán Gené e interpretada por un Fernando Tejero muy conocido por sus personajes en la televisión y el cine y por Julián Villagrán, que también firma la autoría de la canción 'Piedras en los bolsillos' que los dos actores interpretan en directo.

La autora, actriz y guionista de cine, teatro y televisión, conoce muy bien el mundo que describe, el de la fabricación de películas. Con sus ilusiones, sus glorias y sus miserias.

Una larga lista de personajes masculinos y femeninos, desde los figurantes hasta la actriz gran diva, pasando por directores, ayudantes y todo tipo de ejemplares humanos que habitan en ese mundo fabricante de ilusiones. Todos los personajes van siendo incorporados por Fernando Tejero y Julián Villagrán con un sencillo juego coreográfico que facilita a la imaginación del espectador el situarse en espacios de acción diferentes y también al cambio de personajes, hasta ocho distintos, a los dos intérpretes.

Entre escenas de humor y parodias de comportamientos y personalidades van incrustándose momentos emotivos que dibujan la condición humana de la 'fauna' que lo puebla, en contraste con sus ficciones en la 'farándula' y en la vida real. Amena pintura del mundo de las películas y documento de su realidad bien servido por la dirección y los intérpretes.

El circo del cine

SALVADOR DOMÍNGUEZ 8/11/2009

Cuando uno no tiene trabajo, ni dinero, está obligado a buscarlo. Pero si no lo encuentra, hay quien da con una salida privilegiada: inventárselo. Esto es lo que hizo la actriz irlandesa Marie Jones. Escribir esta obra para poder trabajar, y al final le ha reputado numerosos premios. La pregunta es cuántos como ella se quedaron por el camino. La obra posee tantos matices que uno no sabe si está viendo una comedia, un drama, o hasta una tragedia. Porque estos tres géneros clásicos están fusionados en ella. Además, el director argentino Hernán Gené ha introducido otro elemento que conoce muy bien: el 'clown'.

La historia es sencilla, pero su desarrollo muy laborioso y rico. La populosa industria del cine aterriza en un pueblo para rodar allí una película. La trama principal se centra en dos figurantes, y por extensión en el mundo de los extras. Carne de cañón muy fácil de suplir, y por ello mal pagada, loca por conseguir fama y dinero. Estos dos figurantes se llaman Fali y Lolo. Sus nombres y pelucas, gestos y vestimenta, nos remiten al mundo del 'clown'. Dos payasos tragicómicos en el circo del cine. Cada uno tiene su forma de buscar el éxito. Lolo quiere contactos y encontrará enredos. Fali tiene la quimérica esperanza de estrenar un guión que él mismo ha escrito.

Dada la parquedad con que Marie Jones concibió esta obra, los dos actores se tienen que desplegar en un sinfín de personajes. Algo que obliga a demostrar gran capacidad para asumir múltiples personalidades. También la escenografía e iluminación son modestas, pero muy bien armonizadas por el director. La música, bastante amena, es más rica.

Tejero y Villagrán saltan de un personaje a otro, de un lugar al siguiente, cambian su voz, modifican su ánimo, alternan su sexo, asumen, en fin, todo lo que hay que en escena. Esto lo aprueban con nota, pero además sitúan al actor como fundamento del teatro. Éste fue el propósito de Marie Jones y ellos le han sido fieles.

Así que pasen y vean. Ríanse con los payasos, las divas excéntricas, los directores tiránicos. Lloren por los secundarios anónimos y humillados. Sobre todo por ése que se tiró al mar con piedras en los bolsillos. Pero atiendan al original giro con el que al final nos deleita la autora.